



www.loqueleo.com

© 2010, Mario Conde

© De esta edición:

2017, Santillana S. A.

Calle de las Higueras 118 y Julio Arellano, Monteserrín

Teléfono: 335 0347

Quito, Ecuador

Av. Víctor Emilio Estrada 626 y Ficus, Urdesa Central

Teléfono: 461 1460

Guayaquil, Ecuador

ISBN: 978-9942-19-807-5

Derechos de autor: 035811

Depósito legal: 004616

Impreso en Ecuador por Imprenta Mariscal

Primera edición en Santillana Ecuador: Abril 2015

Primera edición en Loquele Ecuador: Junio 2017

Primera reimpresión en Santillana Ecuador: Junio 2017

Editora: Annamari de Piérola

Ilustraciones: Guido Chaves

Actividades y corrección de estilo: María Gabriela Tamariz

Diagramación: Ramiro Jiménez

Supervisión editorial: María Tamariz

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en o transmitida por un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso escrito previo de la editorial.

El Hombre Pelo y otros cuentos descabellados

Mario Conde



loqueleq



El Hombre Pelo	9
El señor de los paraguas	25
Guambra sinvergüenza	35
Doña Felicia llora a las seis de la mañana	43
La Casa de las Lágrimas S. A.	55
El Ladrón del Baño	65
La Whirlpool 5600	79
Biografía	91
Cuaderno de actividades	93

El Hombre Pelo



Ocurrió un martes, en el festival de teatro del colegio. 9

El Quigman y el John Montalvo terminaban unas decoraciones para el telón de fondo, cuando el inspector general y don Pechito, el conserje, subieron al escenario con una larguísima escalera de electricista.

—A ver, Quigman, Montalvo, ayúdenme a conectar las luminarias.

El Quigman, encargado de dibujar las decoraciones del escenario, acudió al llamado en el acto. Echó un vistazo a la correa del inspector y experimentó un temblor en las manos. No era para menos: el licenciado acostumbraba sacársela y perseguir a quienes no se apuraban a la formación.

El John Montalvo, en cambio, continuó escribiendo un cartel irónico para una comedia que iban a representar los de su curso.

—¡Eres sordo, Montalvo!

El inspector le enseñó los dientes, como un can rabioso. No por nada lo apodaban el Perro.

Ante el imperativo, el muchacho se encaminó hacia el inspector y aprovechó que este se encontraba de espaldas para remedarle la mueca canina. Un chihuahua faldero sacándole los dientes a un dóberman.

—Ja, ja, ja —estallaron las risotadas entre los alumnos que se acomodaban en las gradas del coliseo de la institución.

10

El Perro no llevaba el apodo en vano. Olfateó la broma y volteó la cabeza. Silencio en las gradas. El John Montalvo mostró una sonrisa de estudiante aplicado.

—Cuidado, Montalvo —el Perro se pasó la mano por el cabello corto y rizado y siguió—: Conmigo, los chistosos marchan.

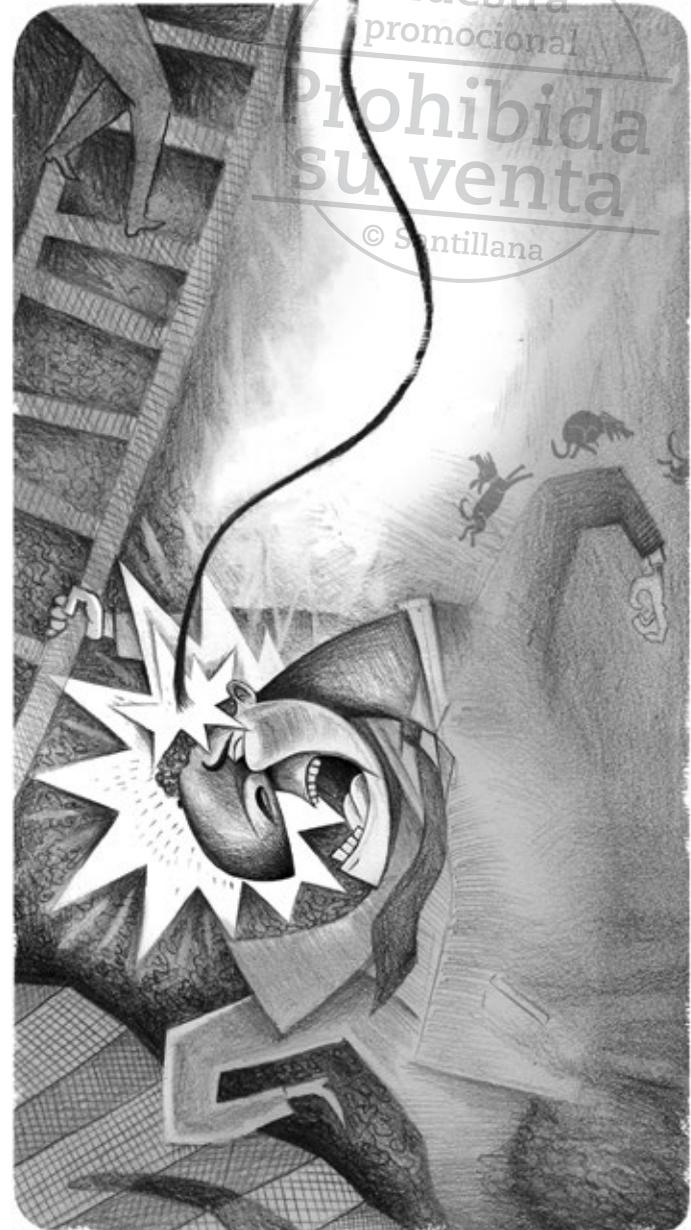
El Montalvo se apuró a ayudar a don Pechito, que había colocado la punta de la escalera cerca de cuatro focos en lo alto.

—A ver, Quigman, vos pesas menos. Súbete y conecta este cable a las luminarias.

El Quigman se encaramó en la escalera y ganó altura en tres zancadas.

Entonces ocurrió.

El muchacho tomó un cable de la luminaria e intentó conectarlo con el que llevaba en la mano, pero en vez de luz se produjo una ráfaga de chispas. El Quigman pegó un grito y dejó caer el cable.



Muestra
promocional

Prohibida
su venta

© Santillana

Abajo, don Pechito y el Montalvo se hicieron a un lado. El Perro, no. Apretó los dientes, agarró la escalera y agachó la cabeza, donde lo golpeó el extremo del cable. Al instante, sus pelos rizados se enredaron con la extensión eléctrica y echaron humo.

Por suerte, el accidente no acabó en desgracia. El sacudón de la corriente tumbó al Perro, pero don Pechito y el John Montalvo alcanzaron a sostener la escalera, antes de que el Quigman se viera abajo.

En las gradas del coliseo se produjeron dos reacciones: un respiro de alivio al comprobar que el compañero bajaba ileso y una carcajada general cuando el Perro se incorporó. Su cabello tenía las puntas blancuzcas como si le hubiesen echado ceniza encima.

Enseguida, algunos profesores, precedidos por el doctor Farfán, el médico de la institución, corrieron a auxiliar al colega. Dos maestros lo acompañaron a la Enfermería. Las carcajadas, en tanto, continuaron durante todo el festival.

A la mañana siguiente, los estudiantes se preguntaban cómo se vería la cabeza del Perro. Para sorpresa de todos, en el pelo no se hallaba ninguna señal del encontronazo eléctrico. Eso sí, este parecía más corto de lo normal.

El Perro, por su parte, captó que los estudiantes se fijaban en su cabeza, enseñó los dientes y se sacó la correa:

—¡A formarse! ¿O esperamos la buena gana de los señores?

Ese miércoles, los atrasados lamentaron haberse quedado en la cama cinco minutos más. El Perro andaba más bravo que nunca y los mantuvo haciendo sapitos y limpiando el coliseo hasta el final de la segunda hora.

—¿Qué sucede? ¿Ya se les pasó la risa de ayer?

En la formación del recreo hubo otra sorpresa. Como cada día, el Perro se paseaba entre las filas vigilando la disciplina, pero esa vez llevaba la cabeza cubierta con una gorra. «¿Será por lo de ayer?», se preguntaban los estudiantes al dirigirse a las aulas.

El jueves, el pelo del Perro lucía igual que el día anterior. Mientras el inspector realizaba su recorrido por la formación de la mañana, el John Montalvo le vio unos pelitos cortados en las orejas.

—¿Cachaste que ayer estaba hecho el pelo? —le preguntó al Quigman.

—Cállate, nos va a oír...

—Apuesto que hoy también se lo cortó —insistió el Montalvo.

—¡Simón! ¿Y...?

El Montalvo no alcanzó a responder. El Perro desanduvo unos pasos, se dio la vuelta y se plantó ante él.

—Desde el martes tenemos una cuenta pendiente, ¿no, Montalvo?

El muchacho mostró su sonrisa de estudiante aplicado.

14 —Después de la formación te quedas aquí —ordenó el inspector—. Vos también, Quigman.

Para mala suerte de ambos, esa mañana nadie se había atrasado. Entre los dos tuvieron que ayudar a don Pechito a recoger las hojas de los jardines.

A la hora del recreo, otra vez el Perro se cubría la cabeza con la gorra.

—Apuesto que es por el corrientazo —dijo el Montalvo.

—De pronto se le fundió el mate —comentó el Quigman.

La mañana del viernes, todos los ojos del colegio apuntaban a un blanco: la cabeza del Perro. Como había asegurado el John Montalvo, en las orejas se le veían pelitos cortados, como si acabase de salir de la peluquería.

Durante las clases, los estudiantes llegaron a una conclusión: tras la descarga eléctrica del martes, el Perro se hacía el pelo cada mañana. La pregunta era

por qué. ¿Y por qué desde el recreo hasta la salida se cubría con una gorra?

El Montalvo se propuso desentrañar el misterio. Fingió desmayarse en la formación y se dejó conducir a la Enfermería.

—Es por el sol —diagnóstico el doctor, en tanto preparaba una inyección.

El muchacho soportó el pinchazo con tal de no entrar a clases y así poder espiar al Perro.

Cuando abandonó la Enfermería, rengueando por el vacunazo, el Montalvo se metió en la Inspección y se escondió en la bodega, donde se guardaban los instrumentos de la banda de guerra.

El Perro no tardó en regresar. Apagó el micrófono de los altoparlantes y se sentó ante su escritorio. Se cercioró de que nadie anduviera por allí, abrió un cajón y extrajo un espejo de mano.

El muchacho no atinaba a abrir más los ojos. ¿Qué hacía el Perro con un espejo? La respuesta vino al instante.

El inspector se sacó la gorra, levantó el espejo a la altura del cabello y revisó este detenidamente, de un lado y del otro.

El Montalvo se negaba a dar crédito a lo que veía. ¿Cómo era posible que ese fuese el mismo pelo de la mañana?



Luego, el Perro se puso la gorra, guardó el espejo en el cajón y se marchó a realizar sus rondas.

El muchacho aprovechó el momento para salir de su escondite y correr al aula. Nadie le iba a creer lo del pelo del inspector.

La semana siguiente, en el colegio no se hizo otra cosa que hablar del Perro, de su pelo de *coshco* en la mañana y de la gorra con que se lo cubría a partir del recreo. Una tarde, a la salida, el ingenio del Montalvo le cambió el apodo de Perro por el de Pelo.

Aunque el inspector perdió la nominación de can, ganó más olfato para oler la indisciplina. A la tercera semana del garrotazo eléctrico se hallaba ya al tanto del nuevo apodo. En la formación se paseaba entre los estudiantes, buscando al chistoso y enseñando los dientes, como en sus mejores tiempos caninos.

Pero cuantos más esfuerzos empleaba para dar con el culpable, más agudeza mostraba el Montalvo para tomarle el pelo, sin ser descubierto.

—¡De mí nadie se burla! —gritaba el inspector.

—Porque no tiene ni un pelo de tonto —murmuraba el estudiante.

—¡De sobra me conocen! —advertía el inspector.

—Con pelos y señas —bromeaba el estudiante.

—Un día voy a descubrir al chistoso —amenazaba el inspector.

—Se me ponen los pelos de punta —decía el estudiante.

El Quigman no se quedaba atrás. Con las frases que se le ocurrían a su amigo, dibujaba caricaturas del inspector, una por día.

—Esta te salió al pelo —aprobaba el Montalvo.

18 En los recreos, las caricaturas y las frases eran esperadas como periódicos matutinos. A la salida, los estudiantes hacían fila en la copiadora.

Hasta que un día, casi al final de la jornada, llegó a los oídos del Pelo lo de las caricaturas y las copias. En ese mismo momento irrumpió en el aula del Quigman y el Montalvo, enseñando los dientes, cubierto con su gorra.

—Disculpe —le dijo al profesor de la última hora.

Fue directamente hacia el Quigman y le arrebató la mochila. La acción fue tan repentina que el muchacho se quedó inmóvil en el pupitre. Desde allí vio que el Pelo buscaba entre los textos y se apoderaba de la carpeta con las caricaturas.

Al curso se le fue el aliento mientras el inspector examinaba las hojas, una por una. Con la primera sacó los dientes, como si fuese a morder. Con la segunda parecía echar espuma por la boca. Con la tercera se le dibujó una mueca, que igual podía ser de

rabia o de indignación. Con la cuarta se le colgaron los cachetes. Un perro apaleado.

—¿Así que en esto emplea su talento, señor Quigman? —habló tan bajo que los de la última fila casi no lo escucharon—. Y supongo que cuenta con su colaboración, ¿no, señor Montalvo?

Enseguida, el Pelo mostró las caricaturas al curso. Nadie se atrevió a levantar la vista de los pupitres.

—¿No desean mirarlas? ¿Ya no se les antoja tomarme el pelo?

El John Montalvo le hizo señas al Quigman. Ambos iban a ponerse de pie, decir algo, disculparse, pero el inspector se les adelantó. Rompió las hojas, se llevó las manos a la cabeza y se quitó la gorra. Su pelo, no el cortado de cada mañana sino el que había visto el Montalvo, quedó al descubierto.

—¿Conformes? ¡Ríanse!

El Pelo se cubrió con la gorra y abandonó el aula.

Nadie podía creer que ese fuese el mismo pelo de la mañana. Todos permanecieron con la cabeza agachada. Incluso el profesor.

Al día siguiente, el Quigman y el John Montalvo ingresaron en el colegio por la puerta trasera. Se sentían mal por haberse burlado de la aficción del inspector; por nada del mundo deseaban toparse

con él. En la formación, la sensación de malestar aumentó cuando no lo encontraron en su recorrido de vigilancia por las filas.

—¿Y el inspector? —preguntó el Quigman al maestro de la primera hora.

—Está con permiso.

20 Ambos estudiantes se dirigieron al aula arrastrando los pasos. La culpa les pesaba más que las mochilas.

A la hora del recreo, sin embargo, recobraron el ánimo al hallar al inspector parado ante la puerta de su oficina, charlando con un grupo de profesores, cubierto con la gorra de siempre.

Sonó el timbre.

Cuando los maestros se fueron a las aulas y los alumnos corrían a la formación, el Quigman y el Montalvo intentaron hablar con él.

—Queríamos disculparnos por las caricaturas —se justificó el Quigman.

—Venimos a dar la cara por nuestra conducta —dijo el Montalvo.

—Ya arreglaremos cuentas —respondió el inspector, y apuró a los estudiantes para que fueran a clase.

El Quigman se sorprendió de que no les enseñara los dientes. Ni la correa.

Las próximas dos semanas marcharon con normalidad, excepto los jueves, en que el inspector no acudía a la formación de la mañana. Pero aparecía en el recreo, parado en su puesto de vigilancia, cubierto con la gorra.

Al tercer jueves, luego del recreo, el Quigman y el John Montalvo fingieron que les dolía el estómago. Se inventaron haber comido algo malo y el inspector los autorizó a ir a la Enfermería.

—Es un cólico —diagnosticó el doctor Farfán mientras alistaba dos agujas como para inyectar a dinosaurios.

Ambos se bajaron los pantalones. Las agujas les pincharon el alma.

Al salir de la Enfermería, los estudiantes se quedaron sentados en dos sillas ante el escritorio de la Inspección, sin mover un músculo de la cintura para abajo. Se propusieron no levantarse de allí hasta hablar con el Hombre Pelo, como ya lo llamaban en el colegio.

El inspector no tardó en aparecer.

—¿Se puede saber qué hacen aquí?

—Venimos a hablar con usted —dijo el Montalvo. En ese momento pasó por allí el doctor Farfán.

—Ya recibieron sus inyecciones —explicó—. Los muchachos pueden regresar al aula.